

REINHARD BENDIX

**Freiheit und historisches Schicksal**

(Frankfurt, Suhrkamp Verlag, 1982)

La Universidad de Heidelberg concedió a su Instituto de Sociología una cátedra extraordinaria que lleva el nombre de Max Weber. Ella permite invitar cada cierto tiempo, durante un semestre, a un destacado científico social que, durante su carrera académica, haya estado ligado al estudio del pensamiento de Weber y a su aplicación en el análisis de las sociedades modernas o tradicionales. Weber fue profesor de la Universidad de Heidelberg durante años y en ella dejó una huella vigente hasta la toma del poder por los nazis en 1933. Con esta cátedra se pretende revivir la tradición weberiana en esta Universidad. Simultáneamente, se quiere intensificar el intercambio académico internacional como una manera de proseguir las relaciones académicas y personales que se forjaron por la emigración de numerosos profesores alemanes a otros países europeos o a los Estados Unidos debido al régimen nazi. La iniciativa de crear esta cátedra proviene del director del Instituto de Sociología, profesor Wolfgang Schluchter, uno de los más destacados estudiosos de Weber entre la nueva generación de científicos sociales alemanes que no experimentó directamente

las atrocidades del nacional-socialismo, sino que se formó intelectualmente en la época de la reconstrucción alemana.

Esta cátedra extraordinaria tuvo como primer invitado al profesor Reinhard Bendix, internacionalmente conocido por sus estudios sobre Weber y sobre los procesos de modernización siguiendo las concepciones weberianas sobre la racionalidad, la burocratización y la dominación. Bendix, asimismo, fue uno de los miles de jóvenes alemanes que, por ser judío, hubo de emigrar a los Estados Unidos, en la cual hizo su carrera académica, adoptó la nacionalidad y no regresó a su país de origen. El caso de Bendix es paradigmático de tantos otros intelectuales y científicos alemanes que no rompieron las raíces forjadas en la emigración, aunque sin cortar totalmente sus relaciones con Alemania Federal. En este sentido, el estudio que Bendix hizo del pensamiento de Weber en los Estados Unidos y la labor de difusión de ésta constituyó una manera de mantener viva la pertenencia a la cultura alemana en una sociedad tan diferente como la norteamericana.

El libro que comentamos recoge las

conferencias pronunciadas por Bendix durante su estancia en la Universidad de Heidelberg en el semestre de verano de 1981. El texto contenido en este libro contiene pasajes ampliados y corregidos, pero recoge sustancialmente el pensamiento expuesto en aquella estancia en la universidad alemana.

En estas conferencias Bendix aborda en forma sucinta algunos aspectos fundamentales de su pensamiento: por una parte, su fundamentación teórico-metodológica y, por la otra, los temas sustantivos estudiados por él y recogidos fundamentalmente en tres importantes libros: *Work and Authority in Industry, Nation-building and Citizenship* (1964) y *Kings or People* (1978). Bendix inicia sus conferencias con las dificultades de adaptación de un emigrante alemán que en 1938 llega a la Universidad de Chicago e inicia sus estudios de sociología. En estas consideraciones coteja los problemas del racionalismo y el historicismo en las ciencias sociales, problema candente no sólo en aquellos años, sino también vigente en la actualidad. Bendix recuerda sus críticas a las concepciones evolucionistas y etnocentristas que proliferaron en las universidades norteamericanas en los años 50 y 60 y que se ubicaron en la amplia literatura sobre la modernización. Este pensamiento vuelve a manifestarse ahora en las propuestas para resolver el problema del orden internacional (problema Norte-Sur) y que se fundamenta en una concepción dicotómica del mundo y que considera como inevitable el progreso de los países subdesarrollados<sup>1</sup>. Ello implica no

sólo unas concepciones evolucionistas (pág. 13), sino que conlleva recetas de tecnología social (pág. 14).

Bendix critica esta posición analizando el libro de Daniel Lerner, *The Passing of Traditional Society* (1958), criticándole, entre otras cosas, sus «consideraciones deterministas sobre el futuro» (pág. 16). Tampoco escapa a la pluma crítica de Bendix los trabajos de Gabriel A. Almond y sus colaboradores, *The Politics of the Developing Areas* (1960), y los trabajos posteriores de la Escuela de Princeton del desarrollo político. Bendix cuestiona acá el intento fallido de construir una teoría de la política como fenómeno mundial, pues con ello Almond deja de lado las diferencias entre las sociedades-estado y sociedades sin estado y porque no logra superar «las fuertes ambivalencias entre racionalismo e historicismo» (página 19). Bendix demuestra con ello que los conceptos demasiado amplios pierden valor analítico, con lo cual la construcción tipológica pierde base de apoyo.

El análisis de Bendix es crítico no sólo del funcionalismo, sino también del marxismo, para lo cual toma como ejemplo los libros de Immanuel Wallerstein sobre el desarrollo del capitalismo: *The Modern World-System, Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Eco-*

---

*Society and History*, 9/1967, pp. 293-346. Su discípulo Guenther Roth también ha criticado a los teóricos de la modernización, reprochándoles sus debilidades teóricas y conceptuales, especialmente el mal uso de los conceptos y tipos de Max Weber. Véase Guenther Roth, "Personal Rulership, Patrimonialism, and Empire-Building in the New States", en *World Politics*, 20/1968, pp. 194-206; "Socio-historical models and Development Theory", en *American Sociological Review*, 40/1975, pp. 148-175.

<sup>1</sup> Para una crítica a las teorías de la modernización en los Estados Unidos en los años 1950 y 1960, véase Reinhard BENDIX, "Tradition and Modernity Reconsidered", en *Comparative Studies in*

*nomy in the Sixteenth Century* (1974) y *The Capitalist World-Economy* (1979). Wallenstein ha adquirido un importante círculo de lectores y admiradores entre los universitarios norteamericanos con un trabajo de investigación que gira en torno a un análisis de largo alcance del capitalismo, que indaga desde el siglo XVI y presagia la irremediable caída del capitalismo en el futuro. Bendix ve en esto un determinismo (pág. 23) y encuentra que en Wallenstein la diferencia entre política y ciencia sencillamente es olvidada. En otras palabras, el análisis de Wallenstein está guiado por el convencimiento ideológico de la caída del capitalismo, recogiendo un aspecto del pensamiento de Marx que ni aun sus más fieles seguidores sostienen hoy, aun durante la crisis del *welfare state*. Bendix cuestiona el supuesto de Wallenstein de que la economía mundial es un sistema social, pues con ello sencillamente se enfatiza que el estado no lo es (pág. 25). Bendix no critica otros aspectos de los libros de Wallenstein, tal como la desatención que éste presta a los países socialistas, que, en su posición, serían simples satélites en este «sistema mundial». Es decir, Wallenstein tiene una visión lineal del capitalismo, sin hacer diferenciaciones en el sistema internacional.

El análisis de estos autores, situados en muy diferentes escuelas teóricas y meta-teóricas, sirve de introducción a Bendix para analizar, en el capítulo siguiente, el sentido objetivo y subjetivo en la historia, entrando con ello de lleno en el pensamiento metodológico y comparativo de Weber. Bendix plantea el dilema del investigador, que se mueve en un círculo: es parte de una sociedad que desea investigar, pero, para poder hacerlo, necesita tener un mínimo de

distancia de ella (pág. 37). Sin conceptos adecuados no se puede llegar muy lejos y sin estudios históricos comparativos, tampoco. El análisis histórico comparado no sólo debe estudiar lo que ocurrió, sino también las posibilidades de acción que tuvieron los actores en su oportunidad. Se trata, por tanto, de «la investigación de lo posible» (pág. 54).

Este «estudio de lo posible», de la acción y sus posibilidades, se apoya en un supuesto metodológico fundamental de que el científico social no puede cometer la «falacia del determinismo retrospectivo» (pág. 65), tema discutido en la tercera conferencia, sobre la formación de los Estados. Bendix argumenta sobre la base de enfatizar que la acción de los hombres está condicionada por fenómenos heredados y asimismo ella constituye una condicionante de decisiones futuras, ilustrada con ejemplos de la alta Edad Media sobre desarrollos políticos en la reforma. Ello plantea el problema, no encarado por Bendix en estas conferencias, de fijar un límite hacia atrás en la identificación de esos condicionantes históricos. Tal problema es insoluble, en la misma medida que se sostiene una visión dinámica y procedual de la historia y no se aferra a periodizaciones antojadizas ni a concepciones analíticas que giran sobre un determinado estado, sino que se desarrolla al nivel analítico de la dominación política. No es una casualidad que Bendix en sus sucesivos libros se haya ido retrotrayendo cada vez más en la historia: partió del análisis del capitalismo en el siglo XIX, siguió con los antecedentes de la ciudadanía en los siglos XVII y XVIII y en su estudio de la soberanía popular se remonta al estudio de la soberanía de los reyes de la alta Edad Media.

Estos estudios de largo alcance, si bien parten de conceptos bien definidos y se proponen una teorización de alcance medio, adquieren una amplitud gigantesca por el amplio espacio de tiempo que investigan. Si por un lado Bendix critica la aplicación de conceptos muy amplios, la utilización de conceptos precisos para una base empírica de siglos parece también conducir a las debilidades que encuentra en los primeros.

Otro tema analizado por Bendix en las clases magistrales en Heidelberg se refiere al problema de la industrialización, la construcción de ideologías y la estructura social. Aquí Bendix repite la conferencia que dio cuando se le concedió el premio MacIver por su libro *Work and Authority in Industry* y en la cual sintetiza sus conclusiones de un estudio fundamental sobre los problemas del trabajo y la sociedad industrial.

En el capítulo sobre la ciudadanía de las clases bajas, Bendix retoma uno de los temas que él trató en su libro *Nation-building and Citizenship*: las luchas por los derechos ciudadanos, por parte de las organizaciones de trabajadores y por parte de la oposición liberal y socialista en el siglo XIX. Bendix no repite las tesis, sino que analiza aspectos referidos a ellas: ¿cuáles eran los objetivos buscados por los movimientos obreros en Inglaterra durante la industrialización? ¿Cuáles son los problemas de integración en la actualidad en las sociedades industriales?

En cuanto al primer tema, Bendix sostiene, polemizando con Marx, que la lucha de las organizaciones de trabajadores era por conseguir un trabajo, no por cambiar el sistema capitalista, que en esos momentos se encontraba en pleno desarrollo. Tampoco comparte Bendix la tesis más

bien optimista de John S. Mill que vio esas luchas como una expresión del deseo de conseguir derechos políticos en una sociedad que se acepta, pues Mill supuso la buena fe y el interés de las clases dominantes por conceder estos derechos sin mayor oposición (pág. 107). Los trabajadores querían tener un trabajo que les diera satisfacción y, asimismo, luchaban en el marco de una determinada nación. Marx, añade Bendix, no vio ni lo primero ni lo segundo (página 113).

Esta interpretación de las luchas de las organizaciones obreras lleva a Bendix a sostener que en aquellos países en que se reconoció la ciudadanía en el siglo XIX no hubo posibilidad de desarrollo de las organizaciones socialistas, aludiendo implícitamente a los Estados Unidos e Inglaterra. Sin embargo, el supuesto de Bendix es que tal integración aseguró una alta legitimación al sistema político y al Estado, que permitió su estabilidad. Tal hecho no se compatibiliza con la situación en Alemania, pues en ésta, como lo demostró un discípulo de Bendix, Guenther Roth<sup>2</sup>, hubo por parte de los grupos dominantes el propósito de integrar a la clase obrera —integración negativa— sin que se neutralizase el crecimiento del socialismo ni tampoco se impidiese el desarrollo del nacionalismo de extrema derecha y los gérmenes político-ideológicos que contribuyen a explicar la crisis de la República de Weimar y la toma del poder por el nacionalsocialismo<sup>3</sup>. En otras pala-

<sup>2</sup> Guenther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany. A Study in Working-Class Isolation and National Integration*, Totowa, The Bedminster Press, 1963.

<sup>3</sup> Bendix tampoco estudió los efectos no buscados por los procesos de movi-

bras, esta variable puede servir en algunos países, pero en otros es insuficiente para explicar el problema que Bendix señala.

Bendix toca acá uno de los problemas que comienza a ser candente en las sociedades industriales: la integración de las minorías de extranjeros que llegaron a ellas durante la expansión industrial de los años cincuenta y sesenta. Bendix indica acertadamente que estas minorías étnicas tienen problemas de integración y que los sindicatos no siempre tienen hacia ellas una actitud favorable debido a los problemas de empleo para los nacionales (pág. 118).

En su última conferencia, sobre el atraso relativo y la movilización espiritual, Bendix aborda el tema del nacionalismo y la construcción de la nación. Siguiendo a Weber, el autor enfatiza la importancia del estudio del impacto de la cultura y los movimientos intelectuales para el análisis de los procesos de cambio y precisa cómo determinados procesos socioculturales pueden tener diferentes dimensiones en las sociedades nacionales. Así, mientras la revolución inglesa de 1640 fue una restauración de la oligarquía y no superó aspectos legales y religiosos, la Revolución Francesa buscó la base de la autoridad en la nación y no se limitó, como aquélla, ante las cuestiones legales y religiosas; es in-

lización electoral y que, en algunos países, desataron una hipermovilización que impidió la construcción de un orden democrático. El caso más ilustrativo de esto es la Argentina, con su reforma electoral de 1912 y la crisis política de los años veinte que culminó con el golpe militar de 1930, abriendo una época de hegemonía militar que hasta ahora no termina. Véase Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2 vols., 1981, 1982.

terezante ver, anota Bendix, cómo dos procesos revolucionarios, con diferentes características, fueron iniciados por estratos altos de la sociedad y con un alto nivel de formación (página 125).

Para Bendix el nacionalismo es uno de los movimientos revolucionarios más importantes de la época contemporánea. Para él una revolución no se mide por sus promotores y desde dónde se provoca —«revolución desde abajo» y «revolución desde arriba»—, probablemente polemizando con su colega Barrington Moore<sup>4</sup>, sino por las profundas y extensas transformaciones en la estructura social, de poder y cultural. Las revoluciones se desarrollan en un contexto que las influencia y éstas influyen a su vez en otras sociedades (efecto demostración). Los procesos revolucionarios tienden, por tanto, a ser vistos por otras sociedades como «modelos» a seguir. El caso más conocido es el de la revolución industrial en Inglaterra desde fines del siglo XVIII, que quiso ser imitado por sus vecinos del continente (pág. 128). Aun cuando un proceso revolucionario es imitado por otro, la forma específica en que se desarrolla y las consecuencias que provoca son diferentes en cada sociedad.

El análisis de Bendix, como es bien sabido, no se limita a los países occidentales desarrollados, sino también a la India, Japón y a los países del Ter-

<sup>4</sup> Barrington MOORE, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Londres, Penguin, 1970 (aparecida inicialmente en 1966). Para un estudio comparativo de la revolución, con un enfoque más diferenciado en su construcción teórica y metodológica que el usado por Moore, véase el de su discípula Theda Skocpol, *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

cer Mundo. Bendix apunta cómo tales procesos revolucionarios pueden servir de la tradición (Gandhi y Nehru en la India) para construir una sociedad moderna, incluso contando con la colaboración de las clases dominantes en Inglaterra (pág. 134). El problema, pues, no es tanto la forma en que los actores buscan definir un proceso revolucionario y los recursos que utilizan, cuanto las transformaciones que provocan. En la actualidad, con los modernos medios de comunicación y estructuras de dependencia económica, política y cultural es cada vez más difícil que el nacionalismo deje de apartarse de determinados «modelos», ya sea para inspirarse, o bien para alejarse.

Las conferencias, en fin, muestran adecuadamente las líneas centrales de las investigaciones de Bendix durante casi cuarenta años de intensa labor académica y van complementadas con sugerentes consideraciones metodológicas y teóricas. Tal presentación muestra que el análisis comparativo de Bendix prefiere la selección de pocos casos, estudiados en profundidad, a ampliar el número de casos. Creemos que Bendix se ha atado demasiado al estudio de las sociedades que han ocupado su atención en sus diversos libros: Inglaterra, Francia, Ale-

mania (Prusia), Rusia, Japón e India. La elección de otras sociedades —por ejemplo, las de Europa del sur escapan a su atención, así como América Latina—<sup>5</sup> podría haber sido útil para sus estudios. Tampoco estudia Bendix otros procesos nacionales europeos, como los de Europa del norte o las «pequeñas democracias» europeas.

Por tratarse de un ciudadano alemán que emigró a los Estados Unidos, Bendix tampoco tiene a Alemania como un foco especial de estudio. En *Kings or People* estudia el desarrollo de Prusia, pero Bendix, marcado por la tragedia del nacionalsocialismo, no se extiende al desarrollo de la Alemania contemporánea y que tiene que ver con las causas del surgimiento del régimen nazi.

El libro es un buen testimonio de aspectos importantes de la obra de un importante científico social, en la cual la inquietud científica, las tragedias de su país y un sentido democrático y humanista se entrecruzan creativamente.

CARLOS HUNEEUS

<sup>5</sup> El tema de la nación y el nacionalismo es importante no sólo en España, sino también en los Balcanes. Bendix, sin embargo, no incluye a estas sociedades en sus estudios.

RICHARD SENNETT

**La autoridad**

(Madrid, Alianza Universidad, 1982)

Malos tiempos éstos para los mitos, mayúsculos propósitos o cualquier otra forma de grandeza. Cuando todo lo absoluto se contempla como algo irracional y pasado de moda, el apego, la admiración y aun la fascinación por un autor se considera como algo sospechoso, si no de debilidad mental, al menos de ingenuidad teórica.

Richard Sennett es uno de esos autores ante cuya obra se adoptan posiciones extremas, la originalidad de su método y sus temas no permiten tibiezas a la hora de juzgarle. Se diría que sus libros conforman una especial sensibilidad, una tela de araña en la cual queda prendido el lector. Ha tratado temas tan manidos en la literatura sociológica como la familia, la ciudad o el individualismo; sin embargo, todos los elementos de su análisis se ensamblan en un conglomerado coherente y sistemático y, añadiría, un punto mágico hasta explicar de una manera indiscutiblemente personal nuestro mundo. Para nombrar sus obras más importantes, *Narcisismo y cultura moderna*<sup>1</sup> definía la sociedad contemporánea a través de una nueva patología, el narcisismo, propio de un entorno excesivamente individualista; *Vida urbana e identidad personal*<sup>2</sup>, se centraba en la familia como institución clave para la

formación de una personalidad timorata y peligrosamente retirada del mundo exterior; por fin, su obra mayor, *El declive del hombre público*<sup>3</sup> era un amplio estudio sobre la génesis de la enfermedad de la sociedad moderna y el culto de las relaciones privadas, a través del rastreo de un mundo público y abierto a una sociedad que se mira a sí misma en sus obsesiones terapéuticas hasta formar lo que él llama «comunidad destructiva».

Posiblemente la originalidad de Sennett radique en su heterodoxia metodológica y en el tratamiento de cuestiones que no suelen interesar a los científicos sociales. *La caída del hombre público* era una prodigiosa combinación de materiales diversos: la descripción de espacios de conversación y de espectáculos se unía al análisis de discursos políticos pasando por la literatura, sin desdeñar las clásicas explicaciones macrosociológicas. El resultado era un espléndido mosaico que se ofrecía al lector como una obra a medias entre la sociología, la historia y la poesía.

¿Y después de aquello, qué? Pues bien, una vez tocado techo sólo queda la repetición, la mediocridad o el desastre. *La autoridad*, primer título de una tetralogía que nuestro autor prepara sobre los vínculos emocionales de la sociedad moderna (los otros

<sup>1</sup> Barcelona, Kairos, 1980.<sup>2</sup> Barcelona, Península, 1975.<sup>3</sup> Barcelona, Península, 1978.

versarán sobre la sociedad, la fraternidad y la ritualidad), flota entre estos lúgubres horizontes. Tras loar a quien hizo de la sociología literatura, llega el momento de enfrentarse a esta última obra de Sennett, aun a riesgo de cambiar el tono de rendida admiración por la sorpresa, la estupefacción o el silencio. O la elegía.

*La autoridad* apunta muy alto, quizá demasiado: Sennett quiere ahondar en la organización social de la emoción, investigar los vínculos emocionales de la sociedad moderna, para lo cual pretende poner en relación psicología y política. Nada menos. Todo un gran proyecto del cual *La autoridad* es sólo la primera entrega.

Para empezar, el objeto de estudio no se define claramente: más que una cosa, se dice, la autoridad es una mediación psicológica (al final concluirá que es un «acto de la imaginación») que permite entender los vínculos de poder, caracterizados en nuestra época por ser ilegítimos. Nuestra modernidad es destructiva, en opinión de Sennett, porque creemos en figuras de autoridad desprovistas de legitimidad moral. A continuación analizará dos de las formas modernas de autoridad, el paternalismo y la autonomía. El primero es el poder disfrazado de benévola protección, la segunda es la autoridad que pretende no existir más que bajo la forma de lejana y difusa «influencia». En el tratamiento de estas dos modernas formas de autoridad hay un punto que merece ser resaltado, la persistencia de un elemento común a ambos vínculos, la vergüenza. La vergüenza, forma enmascarada de control, violencia muda y sutil, aparece en la autoridad paternal a través de la obediencia sumisa y reconocida a un superior que pretende ser bueno; en la autonomía,

el enfrentamiento de los individuos en planos de poder desiguales, el uno distante y silencioso, el otro entregado y declarando sus intenciones, provoca una insoportable sensación de vergüenza en el dependiente, que siente su declaración como don gratuito a una autoridad implacable.

El análisis de estas dos formas de autoridad se lleva dos tercios del libro. Al final de esta primera parte, «La negación», se concluye que estos vínculos de autoridad no sólo no son legítimos, sino que son destructivos y ello por dos razones: primera, porque plantean unas relaciones carentes de toda protección (elemento que Sennett concibe como absolutamente necesario para el ser humano, mostrando una faz humanitaria hasta ahora no revelada); segunda, porque la negación de la autoridad aparece como impensable al desplazarse su naturaleza de lo social, en tanto que mecanismo de poder, a lo individual, en tanto que característica personal. Esta idea se relaciona con un concepto desarrollado en otros libros, así, estas formas de autoridad serían propias de una «comunidad destructiva», donde prima una visión «psicomórfica» de la realidad. Pero éste es otro Sennett; el de *La autoridad* no acierta a aunar los materiales con los que trabaja (una historia clínica, la descripción de un experimento paternalista en una fábrica, la transcripción de una entrevista laboral), utiliza en exceso conceptos especializados, concretamente del campo psiquiátrico (por ejemplo, «dependencia desobediente», «sustitución idealizada», «fantasía de la desaparición») con insuficiente profundidad y es capaz incluso de despachar un tema tan resbaladizo como el de la metáfora en unas páginas llenas de lugares comunes. Por el contrario, cues-

tiones de interés son apenas abordadas, por ejemplo, la conexión entre autonomía y personalidad (siendo ésta concebida como la orquestación cohesiva de los recursos internos) y la valoración que la sociedad hace de esta construcción disciplinada.

La segunda parte del libro, «El reconocimiento», mucho más breve, es la presentación de los pasos necesarios para la transformación, dentro del ámbito de lo privado, de esos vínculos malignos de autoridad que han sido descritos anteriormente. Sennett nos lleva de la mano del Hegel de *La fenomenología del espíritu* para recorrer el ascético camino de la libertad. Esta vía tiene cuatro peldaños: el estoicismo, el escepticismo, la conciencia desventurada y la conciencia racional. Retirada pasiva del mundo y negación por parte del siervo de la legitimidad moral del señor, los dos primeros son pasos negativos para desasirse de la autoridad; sólo con la conciencia desventurada, es decir, con la dolorosa comprensión de que la servidumbre es un enigma del deseo presente en la naturaleza humana, se vislumbra el camino de la libertad. El último paso de esta ascensión es la conciencia racional, la comprensión de que el cisma interno siervo-señor se advierte en todos los hombres, pasando así de ser algo individual a ser una constante presente en toda relación social. De todo esto se deduce un determinado concepto de libertad: «La libertad no es la felicidad. Es la experiencia de la división, el reconocimiento final de que en cada ser humano coexisten un tirano y un esclavo; la única forma de que los seres humanos puedan aspirar jamás a ser algo más que duelistas es que reconozcan este hecho. La libertad existe finalmente cuando el reconocimiento

que hago de ti no me quita nada de mí» (pág. 125).

¿Se relaciona esto con la idea desarrollada en *Vida urbana...* de la aceptación de la sociedad como un espacio de conflicto o, por el contrario, es una llamada a la construcción de lazos sociales más «humanos»? La ambigüedad presente en todo el discurso de *La autoridad* no permite revelar dicho enigma. Mal síntoma éste de no poder dilucidar la intención del autor.

«El primer paso que ha de dar una persona para volver a concebir la autoridad es distanciarse de ella temporalmente» (pág. 128). Bajo la forma de recetario o de consultorio sentimental, Sennett nos alumbró la vía para salir del vínculo de autoridad. Primero, la distanciamiento, una de cuyas formas es la máscara, y que era reivindicada en obras anteriores (como medio de mantener la «civilidad» y evitar la destructividad que conlleva la intimidad). Segundo, la reflexión sobre el proceso de victimización, que se intenta comprender exteriorizando el vínculo de autoridad desde los dos polos: víctima y verdugo, siervo y señor. Este enfrentamiento de discursos, la «duplicación», es un mecanismo creativo que, al unir la catarsis de la confesión a la distancia del análisis, rompe el círculo destructivo de las relaciones de autoridad. Siendo este capítulo, con mucho, lo más interesante del libro en cuestión, hay que destacar un punto que se relaciona con el discurso sennettiano de otras obras más logradas: la idea de que la publicitación del sufrimiento es un medio radical de romper el círculo de autoridad destructiva. Mientras que el sufrimiento vivido en soledad ha llegado a ser considerado como bien moral en una cultura

narcisista para la cual el exterior sólo importa en tanto que espejo del yo, la exteriorización del dolor conlleva en parte su disolución al dejar de ser una propiedad inalienable para convertirse en una constante inevitable por el roce social. En palabras de Sennett: «La carta de Kafka es un ejemplo de ruptura de los términos de ese tratado secreto al hacerlo público. La moraleja de la publicación es evidente: si la gente puede centrarse en cómo reacciona cuando se le hace daño, en el sentido de que éste es el verdadero problema, entonces, por lo menos, dejará de dar valor a sus propias heridas; dejará de conspirar para seguir sufriendo» (página 145).

Esta cita sería una muestra para vislumbrar el estilo de Sennett en su último libro, y el primero de una serie que me hace pensar, acaso por una perversa asociación, en Carlos Castañeda y su camino por las espinosas sendas del conocimiento. ¿Cuáles son las conclusiones que se deducen de esta primera parte de un tratado sobre la construcción social de la emoción? Pocas y mal avenidas. Que la autoridad no es una cosa, sino un acto de la imaginación (pág. 186); que todos, señores y súbditos, estamos presos de la maraña de los vínculos destructivos (pág. 146); que la autoridad debe ser visible y legible, es decir, explícita acerca de sí misma y de sus promesas y específica en la forma de hacer su declaración (en un capítulo incomprensible en su incoherencia temática). Y una última que encubre una derrota: la confesión, *en passant*, de que «la autoridad como proceso constante de interpretación y reinterpretación tiene sentido en los asuntos íntimos, no en los públicos» (pág. 185). ¿Dónde quedan los gran-

des propósitos de relacionar política y psicología a través de la formación social de la emoción? Silencio y punto final.

*La autoridad* es un libro fallido. Adolece de todos los defectos: de tratar demasiados temas y todos de forma superficial, de carecer de un hilo conductor consistente, de exhibir una rapidez desaliñada que pasa por encima de conceptos y temas de interés, de fallar estrepitosamente en la conexión de los discursos psicológico y político, individual y social. Pero, sobre todo, produce un efecto como poco molesto: orquestar el alba de una decepción. ¿Dónde está el Sennett que, perdido en el laberinto psiquiátrico, lograba dar un diagnóstico lúcido de la sociedad moderna (*Narcisismo...*)?; ¿dónde el alquimista que reconstruye la libertad de un mundo público dieciochesco y la estrechez del puritanismo victoriano (*La caída...*)?; ¿dónde el crítico feroz de una vida personal caracterizada por el temor como estandarte moral (*Vida urbana...*)?

Y volvemos al principio. Como quiera que la época de los manuales psicológicos ha pasado a mejor vida, de poco sirve un tratado sobre cómo resolver crisis personales en relación con figuras de autoridad. Tal como dice Sennett en alguna otra obra mejor, dejemos de explicar los conflictos en términos de fracaso personal y encaremos los altibajos (y sin duda *La autoridad* es un gran «bajo» en su bibliografía) como inevitables consecuencias del roce social. Voluntarismo esperanzado, escepticismo vestido de verde. Lo malo es que éste es sólo el primero. ¿Quedarán voluntad de saber más de Sennett después de *La autoridad*? Puntos suspensivos.

HELENA BÉJAR

TOMÁS CALVO BUEZAS

**Los más pobres en el país más rico. Clase, raza y etnia en el movimiento campesino chicano**

(Madrid, Ed. Encuentro, 1981)

La gran sabiduría de Spinoza cuando aseveraba que «el alma se esfuerza en imaginar sólo aquello que afirma su potencia de obrar», refleja, quizá, una de las convicciones más lúcidas sobre el comportamiento social de los seres humanos que anidan el entrañable espíritu científico de este artesano de la antropología social a lo largo de su magistral tarea de transmitir el vivo testimonio y proporcionar las claves interpretativas del movimiento campesino chicano.

Los campesinos mexicanos y chicanos (hijos de emigrantes mexicanos residentes en los EE.UU.) del Estado de California ocupan el lugar más bajo en la estructura socioeconómica piramidal de la sociedad capitalista californiana (pertenecen a la clase obrera, a la subclase inferior campesina y a una de las etnias más discriminadas). Su posición en la lucha social es materialmente impotente frente a su «otro»: los rancheros californianos, quienes no sólo concentran la propiedad de la tierra, sino además todas las conocidas ramificaciones y transmutaciones del poder económico en la sociedad norteamericana.

El desproporcionado desarrollo de ese «otro» y el lugar que ellos mismos ocupan con respecto a los medios de producción determina en gran medida la formación de las representa-

ciones mentales (conciencia) con que los chicanos perciben su situación y definen su lucha (Marx y derivados). Sin embargo, la propia memoria histórica y herencia cultural mexicana constituye una fuente fundamental de paradigmas míticos y modelos comportamentales «eficaces simbólicamente» en la orientación y vivencia de su propia praxis combativa. De ahí que también (y ésta es la aportación más destacable y acertada del autor que se sitúa en un modo específico de concebir y hacer antropología) resulten ser una fuente de análisis imprescindible para el investigador social que, superados ciertos dogmatismos teóricos y tics metodológicos, quiera localizar y comprender las co-ordenadas psicosociales en las que encuentran sentido los auténticos móviles del cambio social, al menos para sus protagonistas.

Dejando brotar las voces del movimiento campesino, Tomás Calvo reconstruye desde sus orígenes en 1962 hasta 1981 los hechos que le han dado relieve. Así, una pequeña Asociación Campesina (NFWA), fundada en 1962 en California por unos doscientos mexicanos o de ascendencia mexicana liderados por César Chávez, llega a ser la primera organización estable de los trabajadores del campo en los EE.UU. que consiguen la aprobación de leyes y la firma de conve-

nios colectivos. ¿Cómo explicar semejante éxito, sobre todo teniendo en cuenta que hubieron otros intentos fracasados desde distintas etnias e ideologías políticas mucho más explícitas?

Los campesinos militantes iniciaron una serie de acciones políticas contra la estructura opresora del campo (huelgas del sector, marchas-manifestaciones, huelga de hambre, piquetes...) que adquirieron una expresión mítico-religiosa («huelga de la uva: las uvas de la ira», «peregrinación-revolución-penitencia a Sacramento», «el ayuno de César», «el boicot de las uvas esquiroles como comunión secular»...), transformándose en rituales recreadores del sentimiento religioso primario: el de religarse a los orígenes, que, en este caso, tenía dos sentidos, el de autoafirmación étnica (misma lengua, dioses, valores) contra la cultura anglosajona dominante de un lado y, de otro, un sentido más universal de revivir el ideal de fusión y unidad en la confraternidad de la lucha contra la injusticia social. Mediante este último ideal se entiende la participación de sectores que no pertenecían ni a la clase campesina ni a la etnia mexicana: «Blancos acomodados y urbanos anglosajones encuentran en el drama campesino chicano una comida mística abundante y sabrosa que la sociedad consumista no les da. El grupo norteamericano tenía tanta hambre de mitos utópicos como los campesinos mexicanos de dólares.»

De este modo el movimiento campesino chicano adquiere la fuerza de ser conjuntamente una lucha de clases, de etnias y mítico-religiosa, expresándose a través de una riquísima dimensión simbólica propia de la cultura mexicana, que esta obra ha sa-

bido recoger, haciéndola comprensible no sólo a quienes hemos tenido la fascinante experiencia de conocerla directamente, sino a un público más general.

Si bien la lucha de clases (entre el capitalista propietario de la tierra y el asalariado campesino) es evidente en este movimiento social contemporáneo, sus protagonistas atacan la teoría marxista de clases como una *white solution* de europeos y formulan su conflicto sociocultural a través de otros referentes ideológicos. Así, la conquista de México por los españoles constituye el paradigma mítico-histórico básico en cuyo marco los campesinos chicanos expresan la conciencia subjetiva de su situación en términos de «dualidad antagónica de los grupos en que el débil acepta la relación asimétrica, pero no permite ser violado, rajado, chingado».

De esta forma, el autor, en un impresionante esfuerzo de penetrar en las raíces culturales de lo mexicano, nos lleva a través de un labradísimo y enormemente sugerente sendero intelectual hasta los tres mitemas claves que modelan el comportamiento de los actores del drama campesino chicano, proporcionándoles asociaciones arquetípicas con las que ordenar simbólicamente la multitud de contradicciones, ambivalencias, lealtades y traiciones derivadas de su compleja y conflictiva realidad social: «el macho» (cerrado, no chingado), que funciona como modelo ético de valentía; «la madre», cuya función es la mediación integradora para reconciliar simbólicamente lo antagónico (la Virgen de Guadalupe como Madre Fecundadora Mediadora Universal); y «la madre/mujer» (mediación mestiza bendita/maldita) representado por las figuras de la Virgen de Guadalupe (ex-

presión sublimada del sincretismo cultural de lo indio y lo hispano) en oposición a la Malinche, amante de Cortés, traidora de la raza (hijos suyos serán los campesinos rompehuelgas).

«La teoría de la mediación bendita-maldita» desarrollada por el autor, constituye un encomiable corolario de esta obra. Se trata de una propuesta teórica que permite explicar la compleja dinámica interna de un grupo social en un proceso de cambio conflictivo sociocultural. En realidad, supone una alternativa a la teoría marxista de lucha de clases en determinadas condiciones socioculturales.

A mi entender, la aportación fundamental de la misma reside en evitar el fácil mecanismo, no necesariamente erróneo, de conceptualizar co-

mo formas de conciencia deformada o ideológicas a ciertas expresiones de conciencia social que desde la ortodoxia marxista no reflejan las condiciones materiales de existencia de los actores que las detentan. Ello ha conllevado siempre una parcial ceguera, ya que al considerarlas deformadas no se ha buceado en las entrañas laberínticas del mito y del símbolo en que se alimentaron tales expresiones, con el fin de establecer, como así hace el autor con respecto a los actores del drama campesino chicano, una red de relaciones explicativas y reveladoras de las raíces psicológicas profundas que «potencian a obrar» a los actores sociales.

MARIBEL ALER GAY

MIGUEL A. QUINTANILLA

### A favor de la razón

(Madrid, Ed. Taurus, 1981)

La sociología, la ciencia política y yo diría que todas las ciencias humanas, están en lucha perenne contra su lenguaje. Por eso libros como el que M. A. Quintanilla nos presenta en esta ocasión no parecen que vayan a quedar viejos fácilmente, lo que se deriva del hecho mismo de que en nuestras ciencias la racionalidad no se alcanza y se posee para siempre, sino que ha de conseguirse diariamente en lucha contra las renovadas tendencias irracionistas que por cómodas, o por otros motivos, proliferan.

Por ello pienso que *A favor de la razón* es un libro a leer y pienso que con detenimiento, esto es, con una re-

flexión adicional sobre los problemas y soluciones apuntadas por el profesor Quintanilla. En una sociedad donde la última moda de la neoburguesía intelectual ha pasado en poco tiempo de la adopción de posiciones *Divine gauche* y el cultivo de un neomarxismo psicoanalítico de verbo radical y de compromiso tímido, a un escepticismo irracionista y elegantoide tan pasota como los tiempos que corren; en un mundo donde la irracionalidad de la CIA y la KGB se impone inexorablemente sobre nuestro planeta contra todo sentido común, y cómo no, contra todo raciocinio, la reivindicación de racionalidad del profesor

Quintanilla, que él basa en el conocimiento científico, resulta algo que todos, salvo los cómodamente adscritos a ese pasotismo filosófico citado, debemos agradecer. Porque si ser racionalista consiste en sintonizar con el método científico, todo discurso racional, es decir, humano, debería someterse a los criterios cuanto más autocríticos mejor del último discurso del método, pero someterse... como único medio de separar el grano de la paja.

Esta posición demuestra que Quintanilla reivindica el valor de la ciencia «en una dimensión enteramente diferente; en una dimensión propiamente filosófica, en la que el pensamiento filosófico es un punto de apoyo ineludible para una batalla más amplia: la que hay que librar a favor de la razón». Sabemos que el conocimiento científico acumulado es relativamente escaso, irrelevante en muchos aspectos humanistas y, cómo no, percedero, pero también es cierto que es lo único que tenemos con alguna capacidad de predecir y, por lo tanto, de entender los hechos de nuestro mundo circundante. Las realizaciones de la ciencia aplicada puede que hayan resultado la mayor parte de las veces claramente negativas para el hombre, pero de eso no tienen la culpa ni la ciencia ni los científicos, sino el uso que hemos hecho de la misma. El llamamiento de Quintanilla hacia la racionalidad no es así sólo una llamada hacia la producción de conocimiento científico, sino también hacia el uso axiológicamente racional del mismo. Se trata, en el fondo, como diría Georg Picht, de la necesidad de una «ciencia a la segunda potencia».

La autenticidad del humanismo implícito en el trabajo de Quintani-

lla, que paradójicamente no se encuentra en los discursos irracionalistas y pretendidamente humanistas a la moda, se pone de manifiesto cuando pondera la necesidad de una ilustración social amplia: «Una de las primeras cosas que, en general, creo que debe hacer la filosofía es ejercer lo que podríamos llamar la tarea de ilustración, pero no al modo de la ilustración del siglo XVIII, dirigida a sus gobernantes y gentes de bien con la esperanza de que ellos puedan cambiar las cosas. La ilustración de nuestra época tiene que ser la ilustración de los pueblos y las gentes todas. Una ilustración que permita a la gente captar la verdadera naturaleza de las relaciones sociales, desmontar las ideologías que se utilizan para encubrir las relaciones de poder, descubrir que la racionalidad es patrimonio de todos y que el poder reside en la voluntad de los hombres libres.» Por eso, cuando en el plano práctico Quintanilla se plantea el procedimiento operativo para llevar a cabo una política racional y el problema de quién habrá de tomar en última instancia las decisiones pertinentes, Quintanilla nos apunta una solución, no carente de una cierta ingenuidad utópica, que aboga por la participación del pueblo y por la apropiación del conocimiento científico por parte del pueblo *versus* la *expertise* de los ingenieros y científicos demasiado circunscrita a los criterios cientistas o tecnistas al uso, esto es, no sólo deshumanizantes, sino también seudoilustrados y elitistas.

Sobre esta necesidad de racionalización como fondo, Quintanilla pasa a acentuar el papel de la tecnología para sostener que la dimensión tecnológica resulta ineludible para reivindicar el valor de la ciencia y para demostrar que la aplicación tecnoló-

gica no aplica una lógica diferente a la de la investigación científica pura. En esta última y en palabras del propio Quintanilla, se efectúa el siguiente proceso: «partiendo de un problema teórico determinado (suscitado generalmente por la presencia de un acontecimiento *A*), se intenta construir una teoría *T* que ponga en relación una serie de circunstancias *C* con el acontecimiento *A*, de forma que éste quede explicado como resultado de aquellas circunstancias si la teoría es verdadera». La aplicación tecnológica, por contra, «parte de un objetivo (o acontecimiento *A*) que hay que conseguir, y de unas teorías ya dadas *T*; la tarea consiste en descu-

brir las condiciones o circunstancias *C* que, en virtud de las previsiones de las teorías *T*, permitirán conseguir el objetivo *A*». Ambas dimensiones obedecen pues a los mismos esquemas lógicos.

En este comentario he abordado los problemas que más directamente me interesaban del libro de Quintanilla, pero éste ataca otros, como, por ejemplo, la crítica del inmaterialismo de Popper en su conocida teoría de los tres mundos, enfrentado a la teoría materialista de Bunge, que me figuro debe ser del mayor interés para los filósofos profesionales.

F. PARRA LUNA

MIGUEL JEREZ MIR

### **Elites políticas y centros de extracción en España. 1938-1957**

(Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982)

Sucede con frecuencia en la historiografía contemporánea que siempre que existe un período oscuro, escasamente estudiado por su cercanía y la falta de suficiente perspectiva histórica, se tienda a cubrir el vacío consiguiente con generalidades más o menos afortunadas y con modelos de análisis teórico socio-políticos que, pese a su innegable valor heurístico, han de ser considerados tan sólo como hipótesis provisionales de trabajo necesitadas de contraste y validación posterior mediante la correspondiente investigación empírica. En gran parte, éste ha venido siendo hasta ahora el caso del franquismo como objeto de análisis científico. Contrastando con una ausencia clara de investigación

básica de carácter monográfico, en los últimos quince años han visto la luz una sorprendente variedad de modelos teóricos de investigación, polémicos entre sí, aunque muchas veces tangenciales, para tratar de aclarar la debatida naturaleza del régimen político franquista que tantas especificidades presenta respecto de otros regímenes que le han sido próximos en su fundamentación, estructura y ejercicio del poder.

Paralelamente hemos asistido a la publicación de diversas obras generales de carácter histórico que, a veces con fortuna, han tratado de reconstruir el decurso de la «España de Franco». Pero es sólo muy recientemente cuando se está conociendo to-

da una serie de investigaciones sectoriales en los terrenos político, social, ideológico, económico, religioso, cultural, militar, etc., que, poco a poco, en detalle y con profundidad, están haciendo posible la difícil tarea de recomponer la urdimbre de ese inmenso y complejo «puzzle» que fue el franquismo. En esta línea de trabajo es en la que se inscribe la interesante obra del profesor Jerez. Obra que por sus características y por su compleja y trabajada documentación (a pesar de ser labor individual) es, a partir de ahora, con seguridad, un obligado punto de referencia de todos aquellos estudiosos que desde cualesquiera disciplinas o perspectivas se ocupen del análisis del régimen de Franco.

Partiendo de la utilización de los conceptos operativos de élite política y centros de extracción, el autor trata una vasta documentación biográfica y política dirigida a poner de manifiesto los componentes de las diversas «familias políticas» integrantes del bloque en el poder, la configuración de su «círculo interno», el peso relativo de sus corrientes político-ideológicas en el ejercicio del mismo, y las relaciones y conexiones que mantienen no sólo en el terreno político, sino también en el económico.

En apretada síntesis, puede decirse que la élite política del régimen fue cooptada mediante intrincados procedimientos —vinculación a determinados clanes políticos, nepotismo, «amiguismo», lealtad personal al Caudillo..., jugando el mérito personal un papel de menor importancia, y en estrecha dependencia de la instancia decisiva representada en la figura del general Franco. Y ello se hizo a partir de una restringida pluralidad de centros de extracción que, en sustancia, vienen a coincidir con las diferen-

tes furzas político-económicas y corrientes ideológicas que confluyeron con sus intereses en el planteamiento y desenlace de la guerra civil: la Falange (vieja o nueva, auténtica o no, aclara el autor), el Ejército, la Iglesia y sus grupos de influencia (fundamentalmente Acción Católica, Opus Dei y ACNP), los núcleos monárquicos tradicionalistas y alfonsinos, la gran burguesía terrateniente, industrial y financiera, y la burocracia y la nobleza.

Fuerzas y corrientes que, pese a sus intereses, muchas veces dispares y enfrentados en lo coyuntural, compartían el más fundamental y mediato de la defensa del orden social capitalista y tradicional que, traduciendo en gran medida su conciencia de clase, les llevaría a la articulación de un «espectro ideológico y político común», por más que éste fuera difuso y a veces paradójico en sus formulaciones. Por ello, cobra una especial relevancia en el análisis las relaciones y conexiones de los centros de extracción entre sí, las superposiciones e incluso infiltraciones que se dan de unos sobre otros, manifestadas en gran parte en la doble militancia de muchos individuos relevantes componentes de la élite y en la existencia asimismo de los llamados «hombres-puente», como fueron los casos de Ibáñez Martín, Carro Blanco, Fernández Cuesta, Solís, Mora Figueroa, etc.

En el plano metodológico el profesor Jerez desgrana su análisis de la élite de extracción falangista, militar y católica, sucesivamente, examinando la procedencia geográfica y social, los grupos de edad, los estudios y profesiones, sus conexiones con la nobleza, carrera política y conexiones económicas; y documentando todos estos extremos con sendos anexos

—valiosísimos— que relacionan las diferentes élites con expresión de sus principales circunstancias biográficas y su presencia en los consejos de administración de la industria y la banca. Cabe subrayar que los datos utilizados son manejados científicamente en el contexto social, económico, político e ideológico propio de la «crisis de Estado» que ha caracterizado a la formación social española desde el siglo XIX. Algunos de sus contenidos más significativos para la investigación de la élite son incluso explicitados en los planteamientos generales que hace en las introducciones a los diferentes capítulos de la obra. Finaliza con unos anexos generales y con una muy perfilada relación de nombramientos por órganos y ministerios, con especificación de las fechas respectivas de nombramiento y cese, del centro de extracción y del cuerpo funcional, en su caso, correspondiente.

Respecto a los rasgos definitorios de la élite del régimen de Franco durante el tracto histórico que se extiende desde 1938 a 1957, concluye señalando su origen social mayoritario de clase media y media alta, con una media de edad bastante joven, de procedencia fundamentalmente madrileña, con predominio de los cuerpos superiores de la Administración, sin experiencia política previa, profundamente imbricada con el mundo de los negocios, muy cerrada, y en el seno de la cual es posible observar la existencia de diversas tensiones correspondientes a los grupos de procedencia ahora en el poder, aunque amortiguadas en gran parte por la «fusión de élites» y la disciplina interna por la comunidad de intereses, ejercida y vigilada por el general Franco.

Otra dirección interesante de la investigación que comentamos consiste

en la concreción del ejercicio del poder por los diferentes segmentos de la élite, atendiendo a la distribución de áreas de influencia. En este sentido el autor evidencia la clara delimitación de zonas en las que hubo un predominio manifiesto de algunos de los grupos en presencia: éste fue el caso, por ejemplo, de Agricultura, controlada por los falangistas, o Industria y Comercio y Presidencia del Gobierno, por los militares. Y, por otra parte, aquellas otras zonas en las que confluyen varias fuerzas que se contrapesan: Gobernación, con falangistas y militares; Educación e Información y Turismo, con falangistas y católicos, etc. Pero en todo este cuadro es necesario tener siempre presente que «el Ejército, con su general en jefe a la cabeza, fue el último punto de referencia del sistema».

Para finalizar, subrayemos que a lo largo de toda la investigación, y en las conclusiones con mayor explicitud, el autor analiza las funciones internas cumplidas por los centros de extracción bajo estudio. Además de ser provisosores de cuadros dirigentes —señala—, proporcionaron argumentos, aunque muchas veces incoherentes entre sí, para la legitimación del régimen, haciendo posible una amalgama de las legitimidades tradicional, carismática y legal; llevaron a cabo, además, bajo distintas formas, la función coercitiva del régimen. Y, sobre todo, católicos y falangistas, desarrollaron la importantísima función de socialización en general y de adoctrinamiento político en particular, a través de la prensa, radio, cine, escuelas, sindicatos, el Frente de Juventudes y la Acción Católica.

GREGORIO CÁMARA VILLAR

---

# INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S